

PALESTINA ENTRE EL VIAJE DEL PAPA Y LA «CONFERENCIA CUMBRE» ARABE

Ha sido un hecho indiscutible el de que la peregrinación emprendida a Palestina por Su Santidad el Papa Pablo VI, no sólo ha constituido el mayor acontecimiento inicial del nuevo año en un sentido religioso, sino que, además, ha absorbido el interés universal, por las conexiones del viaje con algunas de las mayores preocupaciones de la vida internacional actual. Bien es verdad que desde el primer momento en que desde el Vaticano se se anunció oficialmente el programa e itinerario, ya se hizo constar que de ningún modo sería político, sino solamente y estrictamente espiritual. También pudo comprobarse que a lo largo del recorrido, hecho sucesivamente en tierras de Jordania y de Israel, el Papa Pablo VI sólo pronunció palabras evangélicas de paz y amor universal. De todos modos, la realidad saliente consistió en que lo que quiso ser una peregrinación «brevisima y humildísima», resultó un continuo y entusiasta viaje triunfal. En todos los sentidos del recorrido peregrino y las esperanzas para el porvenir, los más confiados augurios han sido los relativos a la entrevista cordial con el patriarca ecuménico ortodoxo, Athenagoras I. Pero han quedado latentes y pendientes los problemas más angustiosos, que son los del carácter legal y moral de Palestina misma. Así, por ejemplo, lo del estatuto de Jerusalén, y sus Santos Lugares; el de los refugiados; el de las posiciones del Estado israelí contra las resoluciones de la O. N. U., etc., etc. Bien es verdad que el viaje de Su Santidad no fué para recordar, provocar ni gestionar esto o lo otro; sino para «renovar la busca del Reino de Dios en su fuente misma de pura sencillez» (como explicó exactamente en lengua española José María Pemán). Pero todo fué a la vez que en el Oriente Medio la angustia de los destinos palestineses sacude y estremece más que nunca los ánimos de todos los cristianos y musulmanes locales.

Respecto al recorrido y sus etapas que se desarrollaron desde el sábado 4

hasta el lunes 6 de enero, toda la Prensa diaria de todos los países dió cuenta de sus jornadas y los lugares visitados, que sucesivamente fueron Ammán, Jerusalén, Meggido, Nazaret, la parte israelí de Jerusalén, otra vez la Jerusalén cristiano-musulmana, luego Belén, Jerusalén y regreso a Roma por Ammán. De todo ello los primeros efectos comprobables en el orden sólo material de las relaciones con el interés mundial, fué el de haber retenido la atención, no sólo de los creyentes en el mismo Dios; sino de aquellas personas que en enormes sectores de población de muchos países no suelen interesarse por la vida interna de la Iglesia, y muchas veces ni siquiera tienen idea exacta de lo que el catolicismo y el Vaticano significan. Así, para creyentes e incrédulos el viaje de S. S. Pablo VI pudo ser resumido por la exhortación final de paz dirigida a todos desde Belén.

Pero al margen de estos aspectos positivos han seguido actuando los aspectos negativos, sobre los estatutos y los destinos de Palestina. Son problemas anteriores al viaje de Su Santidad; olvidados durante el referido viaje a impulsos de una general euforia de entusiasmo, y recrudescidos después con creciente desaliento. Primero y principal entre tales problemas sigue siendo el de que después de dejar Inglaterra el Mandato que sobre el antiguo Wilayato turco de Jerusalén y su región le había confiado la Sociedad de Naciones, el Estado sionista de Israel se implantó por una especie de golpe de mano que no tuvo en cuenta las recomendaciones de la O. N. U. para un posible reparto de Palestina; ni tampoco todo lo que en la misma O. N. U. se ha venido disponiendo desde 1948 hasta 1963. Los sionistas que crearon Israel habían llegado apoyados por la famosa Declaración Balfour del 2 de noviembre de 1917, en la cual se autorizaba a los judíos partidarios del sionismo para establecer en Palestina un Hogar Nacional (como centro religioso, cultural y de asilo). Pero en ninguna parte se hablaba de crear un Estado judío, y en el texto de la Declaración Balfour se hacía constar expresamente que el «Hogar» sionista sería a reserva de respetar los derechos de los habitantes anteriores del país (es decir, los cristianos y musulmanes). Sin embargo, cuando Israel se hizo entre 1948 y 1949, la mayor parte de esos cristianos y musulmanes fueron expulsados por fuerza de su país natal después de perder bienes y hogares. En el año 1963 el número total oficial de esos palestineses expulsados y refugiados ascendía a 1.210.170, acampados en centros provisionales, sostenidos por la caridad. A ellos se unían los instalados en ciudades de otros países, como residentes con empleos y trabajo.

Tanto los refugiados mismos, como los Estados árabigos que apoyan su causa, han puesto siempre grandes esperanzas en la acción del Vaticano, ante la paradoja de que de la tierra de Cristo hayan sido echados la mayor parte de quienes, de un modo u otro, creían en él. Las esperanzas muchas veces manifestadas, se renovaron al subir al Solio pontificio S. S. Pablo VI. Así, el 8 de diciembre se supo por conducto de una fuente vaticanista autorizada, que una delegación representativa de los desarraigados palestineses había solicitado que se les permitiese presentar al Pontífice una nota resumiendo los alegatos en pro de sus paisanos; no con intención política, sino teniendo en cuenta los objetivos de paz, caridad y justicia manifestados por Pablo VI. Por eso uno de los sectores donde la inminencia del viaje del Papa despertó mayor entusiasmo fué el de los dirigentes de la opinión del arabismo próximo-oriental. Incluso entre los árabes de confesión musulmana, sus órganos de Prensa más destacados en Egipto y el Líbano escribieron que «la visita y el espíritu de amor que la anima, es la más admirable y noble iniciativa». Por su parte, los cristianos decían que sin duda Su Santidad experimentaría una profunda amargura al ver que algunos de los lugares más evocadores de Cristo han sido desnaturalizados, o están a punto de ser totalmente suprimidos; como sucede con el río Jordán, que los gobernantes de Israel quieren desviar hacia el desierto del Negueb. Todo esto fueron factores que obraron en las formas de entusiasmo delirante con que el Papa fué recibido en la parte vieja de Jerusalén por musulmanes y cristianos; todos los cuales agitaban ramas de palmeras, y gritaban: ¡Hosanna!, como cuando entró Cristo con los apóstoles.

Sobre la misma entrada hicieron constar los corresponsales de lengua francesa: «Nous pouvons dire que Paul VI a été reçu par les musulmans avec plus de chaleur et de ferveur qu'il n'en reçoit de quelques chrétiens...» Otros corresponsales afirmaban sobre los entusiasmos callejeros árabes en Jerusalén y Belén, que jamás habían visto tales desbordamientos humanos. En cuanto al paso por el territorio de Israel, los policías sionistas no dejaban acercarse a la gente y (según ha explicado el director de la española Agencia Efe) «ellos crearon en torno al sucesor de San Pedro que iba a acercarse a los lugares y a las gentes de Galilea, un vacío que en Nazaret fué casi total».

También se notaron algunas diferencias en los respectivos recibimientos de los jefes de los dos Estados que existen sobre el suelo palestínés; aunque oficialmente y protocolariamente ambos fuesen igualmente respetuosos.

Pero no fué de buen efecto el hecho de que el presidente israelí, Zalman Chazar, pronunciase su discurso en hebreo, cuando Su Santidad no había hablado en latín, sino en un idioma neutro como el francés. En cambio, el rey Hussein de Jordania, después de que en su saludo de bienvenida expresó al Papa «mis más profundos sentimientos de humildad», aludió en su despedida a la común creencia de musulmanes y cristianos en el mismo Dios. Por ello, entre los comentarios de la Prensa diaria española, destacó el de *A B C*, afirmando que «la acogida de Hussein y su pueblo al Sumo Pontífice es un alto testimonio de las reservas espirituales de los árabes creyentes». Afortunadamente, nada de esto repercutió en el ritmo general de la peregrinación, que en todo momento se mantuvo fuera de las declaraciones referentes a temas polémicos; y de la cual algunos han escrito que sus mejores momentos fueron los que el Papa pasó en el lago Tiberiades y en el Jordán, donde precisamente Cristo reclutó sus discípulos, lejos de las pasiones de las ciudades.

Pero los problemas siguieron existiendo, y como se han quedado fuera de las esperanzas que se pusieron en unos momentos de euforia, después han tomado otros derroteros. En líneas generales han sido a la vez los internacionales, y los interiores panarábigos. Los primeros derroteros son los que ponen ahora su acento en las conjeturas sobre si se podría llegar a cumplir la resolución aprobada el 3 de diciembre por la Asamblea General de las Naciones Unidas, en pro de los refugiados o desplazados cristianos y musulmanes palestineses. Dicha resolución fué la confirmación de la adoptada el 21 de noviembre por la Comisión Política Especial por 83 votos a favor, 12 abstenciones y el voto en contra de Israel. La citada resolución pendiente de aplicación había sido presentada directamente por los Estados Unidos, según una iniciativa personal del presidente Kennedy. Esencialmente, los Estados Unidos recomendaban a la Comisión de Conciliación para Palestina que reanudase sus esfuerzos con el objeto de que por fin fuese efectivamente aplicado el párrafo II de la otra resolución que la O. N. U. tomó en 1948 para que pudiesen volver a sus hogares los expulsados que lo desearan, y a los que no pudiesen o no quisiesen hacerlo se les indemnizase por sus bienes perdidos. En realidad, la misma decisión ha sido reiterada muchas veces en cada sesión de la Asamblea general desde el 8 de diciembre de 1949.

Entretanto, la mayor parte de los refugiados viven desde hace ya quince años hacinados generalmente en campamentos y poblados de barracas pro-

visionales. Parte de sus alimentos y otros recursos los han venido obteniendo de la U. N. R. W. A. (United Nations Relief and Work Agency for Palestina Refugees), y también reciben ayudas de los Estados árabes que soportan las mayores masas de refugiados. Pero la U. N. R. W. A. viene existiendo desde hace pocos años de modo también provisional, y cualquier día puede ser suprimida. En cuanto a los Estados árabes más afectados, basta citar el caso de Jordania, donde los refugiados son más de 650.000 en el conjunto de un país que tiene menos de millón y medio de habitantes. En cuanto al Líbano, es un país tan pequeño que más de la mitad de sus hijos tienen que residir y trabajar en los más dispersos países de Europa, Africa y las dos Américas para poder mandar dinero a sus casas; por lo cual no puede alojar a grandes núcleos de desplazados de otras partes. El único sector donde los palestineses han reorganizado parcialmente su vida, es el de la zona de Gaza, administrada y protegida por Egipto; pero dicha zona es demasiado estrecha para sus 360.00 habitantes acumulados.

Por otra parte, los observadores neutros que durante los meses recientes han recorrido los campos de refugiados coinciden en destacar que dichos refugiados nunca olvidan su condición primitiva en tiempos de la Palestina del Mandato, y tienen empeño en no olvidarla. Para muchos el recuerdo adquiere especial dramatismo y tenacidad, cuando están acampados en sitios fronterizos desde donde ven (más allá de trincheras y alambradas) cómo sus pueblos natales y sus campos agrícolas son habitados y explotados por gentes ajenas (y, para ellos, invasoras). Son los campos cuya propiedad legal les ha reconocido la O. N. U., pero que ven cultivar a los sionistas con abundancia de aguas de canalillos, mientras dentro del campo de refugiados sólo hay un pequeño pozo artesiano.

Una observadora e informadora de lengua francesa, Mlle. A. M. Guichon, que recorrió en Jordania los diversos campos de refugiados, contaba sus impresiones en *Le Monde* de París del 27 de diciembre. Decía que el recuerdo de sus hogares y campos perdidos era tan tenaz, que apenas se paraba el auto a la entrada de un campamento (como por ejemplo, el de Majata, junto a Ammán) quedaba rodeado de gentes que preguntaban ansiosamente: «¿Habéis venido para hacer que nos devuelvan nuestras tierras?» Y la misma Mlle. A. M. Guichon resumía la falta de posibilidades de que continúe la excesiva provisionalidad, diciendo: «Hay dos dificultades insuperables en el estado actual: la de que la inmensa mayoría de los refugia-

dos son ayudados para no morir, pero no para vivir; y la de que la economía de los países donde están acogidos, no puede absorberlos.»

Por otra parte, todos los palestineses no son refugiados. Hay entre ellos un gran núcleo que permaneció en las ciudades fundidas dentro del posterior Estado de Jordania (así Belén, Jericó, etc.). Hay los residentes en El Cairo, en Damasco, Kuwait, Bagdad, Buenos Aires y Santiago de Chile. Hay en Beyrut un resto del que fué Supremo Comité Árabe Palestínés en tiempo del Mandato británico. Hay técnicos palestineses en Libia y en los departamentos especializados de la Liga Árabe. Y hay sobre todo ante la Liga Árabe un Gobierno palestínés exilado, reconocido oficialmente por los otros Estados. Ese Gobierno exilado lo preside el que fué secretario general adjunto de la Liga Árabe, y luego delegado de Arabia ante la O. N. U., señor Ahmed Chukairi. En noviembre del año pasado, el señor Chukairi estaba en Nueva York a la cabeza de una delegación cristiano-musulmana de palestineses que había ido a cumplir una misión de carácter consultivo. Entonces Chukairi volvió a insistir en la necesaria urgente aplicación de las repatriaciones de los refugiados, como urgente medida humanitaria provisional, aunque hizo constar que las soluciones políticas efectivas están en otras partes, y necesitan ser consideradas en conjunto.

Por ejemplo, Chukairi ha situado la naturaleza internacional del caso palestínés, al compararlo y asimilarlo con los hechos del colonialismo, y las posteriores disposiciones sobre descolonización. Su tesis es que Palestina después de la primera guerra mundial fué efectivamente invadida y colonizada por gentes ajenas llegadas desde el exterior, aunque con la grave diferencia de que en las colonias los habitantes autóctonos podían ser sojuzgados, pero no expulsados; mientras que en Palestina la expulsión en masa ha sido un principio de genocidio. En cuanto a la última resolución de la O. N. U. en noviembre-diciembre, el señor Chukairi reconoció que representaba «una victoria moral», pero sólo «una victoria sobre el papel», pues no se sabe si lo que les falta a las Naciones Unidas son las ganas o la autoridad para hacer aplicar sus decisiones. Así, Chukairi declaró ante los miembros del Comité Especial de la O. N. U. que si la organización mundial no arreglaba nada, los árabes «serán empujados a tener que obrar fuera del cuadro de las Naciones Unidas».

El punto de partida de la acción árabe directa por cualquier procedimiento ha sido teóricamente definido por el señor Emilio Ghuri, portavoz de la zona de Gaza. Sus argumentos se apoyan en la tesis de que el cumpli-

miento de las resoluciones de la O.N.U. no tienen nada que ver con una acción filantrópica ni caritativa. Los refugiados palestineses no deben tener necesidad de estar «sometidos a una humillación de socorros impuestos», porque en realidad ellos poseen bienes y tierras que valen muchos millones de dólares, y están en la parte ocupada por Israel. Sólo la renta que producen anualmente tales bienes, es cinco veces superior a las sumas que necesita anualmente la U.N.R.W.A. Y, además, queda el valor global de los capitales de todas las propiedades, cuya restitución ha decretado tantas veces la Asamblea General de la O.N.U. y que aproximadamente equivale a la mitad del actual suelo y las poblaciones de Israel.

Cuando los señores Chukairi y Ghuri hacían en Nueva York declaraciones sobre la futura autodecisión árabe, pensaban en la total agrupación de sus compatriotas cristiano-musulmanes, con la formación de un «Frente Nacional Palestinés», que en noviembre había comenzado a articularse en la sede de la Liga Árabe, para reunir y agrupar todas las organizaciones, asociaciones e instituciones de los palestineses que residen dentro o fuera de Tierra Santa. En esencia, era conseguir que el titulado «Gobierno Palestinés: exilado», que preside Chukairi, representase al total de sus paisanos, como una especie de décimocuarto Estado dentro de los que integran la Liga Árabe de El Cairo. Pero, de pronto, el planteamiento urgente de tales principios legales fué vuelto del revés de un golpe por el urgente y agudo planteamiento de la desaparición del río Jordán.

Sabido es que por gestión de la U.N.R.W.A., y con el apoyo oficial norteamericano, en 1953 el experto Eric Johnson elaboró un proyecto para repartir las aguas del Jordán en regadíos equitativos para los Estados ribereños, concediendo a Israel 394 millones de metros cúbicos de agua; a Jordania, 774 millones, y a Siria, 45 millones. El plan Johnson era útil para el adelanto económico de todos, pero no pudo llevarse a efecto por muchas trabas políticas. Entonces Israel inició por su cuenta un plan de captaciones parciales cuya primera etapa consistió en que al comenzar 1958 había suprimido el pequeño lago Huleh, llevándose todas sus aguas a Galilea. Una segunda etapa será la del «Plan Bnat Jaakov», con dos partes, es decir, la primera crear energía eléctrica con unos saltos de agua junto al lago Tiberiades, que quedará hecho un gran embalse y no dejará pasar las aguas del Jordán hacia el Mar Muerto. Luego todo el curso del Jordán se desviaría por cerca de Tel Aviv e irá a fecundar el desierto del Negueb. En noviembre se decidió comenzar esta etapa del proyecto durante el primer

semestre de 1964. Es para coincidir con la campaña electoral norteamericana, a fin de que los candidatos se vean presionados por el deseo de ganar los votos judíos de Estados Unidos, y no apoyen a la O. N. U. en cualquier voto que ésta pudiese emitir. Así, Jordania y Siria perderán toda el agua, y los árabes locales se encuentran con la necesidad de prescindir de la O. N. U., que ya había apuntado Chukairi.

Pero el plan de supresión del Jordán no sólo acabaría de hecho con las esperanzas de los palestineses, sino que al convertir el Negueb en zona densamente poblada y cultivada, instalaría allí los millones de nuevos inmigrados judíos, con lo cual el Oriente del arabismo quedaría definitivamente cortado y roto en dos trozos. Además, surgiría una poderosa fuerza de amenaza de ataques futuros contra Suez, Damasco, el Líbano, etc., según un programa que David Bengurión definió con la frase: «Del Nilo al Eúfrates.» Dicha amenaza directa contra todos los árabes de todas las partes, fue tratada en la reunión de jefes del Estado Mayor de los países de la Liga celebrada en El Cairo en diciembre; pero la solución no podían dárla más que los gobernantes de sus respectivas naciones. Entonces fue el presidente de la República Arabe Unida quien apuntó la que podría ser fórmula decisiva.

Hablando Gamal Abdel Nasser en Port Said el lunes 23 de diciembre (Día de la Fiesta de la Victoria) expuso detalladamente los motivos de la gravedad de la acción de Israel apoderándose del Jordán para utilizarlo como amenaza, y propuso la inmediata celebración de una Conferencia Cumbre entre los jefes de Estados árabes. Posteriormente, la Secretaría General de la Liga Arabe quedó encargada de ir haciendo las propuestas a los monarcas y presidentes de las repúblicas del arabismo, y de ir recibiendo conformidades para dicha Conferencia Cumbre, cuya apertura quedó fijada para el lunes día 13 de enero en El Cairo. La proposición del presidente de la R. A. U. había sido presentada bajo la forma de una nota oficial en la Secretaría General de la Liga. La nota hacía constar que la R. A. U. estaba dispuesta a apartar o ayudar a apartar todos los obstáculos que pudieran presentarse. Y en la primera semana de ese mes de enero se sabía ya que tomarían parte trece Estados arábigos (es decir el total de los oficialmente existentes). Serán: La R. A. U., Iraq, Argelia, Yemen, Kuwait, Siria, Jordania, Líbano, Marruecos, Túnez, Sudán, Libia y Arabia Saudita. Quedó también fijado que de todos ellos irían juntas con sus jefes de Estado unas delegaciones gubernamentales de las cuales formasen parte sus ministros de

Asuntos Exteriores y de Defensa; además de expertos en obras públicas de regadíos y de los jefes de todas las delegaciones que representan los países de la Liga que son, además, miembros de las Naciones Unidas.

La importancia que según parece revestirá la reunión de El Cairo, no sólo puede depender de las cuestiones que se traten y de las resoluciones que puedan adoptarse, sino del mismo hecho de juntarse todos los jefes de los diferentes pueblos árabes, unidos al servicio de unos intereses comunes.

Entretanto, y para poder comprender los futuros desenvolvimientos, se han considerado esenciales las palabras finales del presidente de la R. A. U. cuando comenzó a decir: «A fin de afrontar a Israel que nos amenaza, es absolutamente necesario celebrar una reunión que agrupe los reyes y presidentes árabes en los más breves plazos posibles y sean cuales fueren las diferencias que los separan. Estamos personalmente dispuestos a sentarnos a la misma mesa y a conferenciar con aquellos con los cuales tenemos diferencias...» «Allí hablaremos seriamente, y no habría ninguna vergüenza en declarar a la salida de tal reunión que nos era imposible emplear la fuerza si nuestras condiciones no lo permitían (en el momento). Paciencia. La batalla de Palestina podrá proseguir, y la del Jordán forma parte de ella... Pero yo no me entrego a pujas ni a promesas ilusorias... Pues no se trata de un asunto de dificultades, sino de una cuestión de destino.» En esencia, Abdel Nasser se refería al sentido realista y objetivo de no definir la actuación común de los Estados árabes por medio de declaraciones altisonantes ni de planes preconcebidos, sino por el análisis lucido de las posibilidades reales. En todo caso la reunión cumbre de El Cairo podrá constituir una fecha histórica esencial por haber iniciado una actuación política coordinada entre el conjunto de países que aparte de sus extensiones y continuidad geográfica poseen una de las mayores reservas de petróleo mundiales. Lo del petróleo se refiere en gran parte a la repercusión que a fines de diciembre tuvo un artículo publicado en el mayor diario de El Cairo (*Al Ahram*) por su redactor-jefe, Hassanein Haikal, a quien en cierto modo se considera como portavoz oficioso de ciertas corrientes estatales de opinión en la R. A. U. Bajo el lema o el tema de que «el mundo árabe no necesita de Gran Bretaña, pero Gran Bretaña necesita del mundo árabe», el señor Haikal recordaba que entre los 300 billones de barriles calculados como depósitos petrolíferos mundiales, corresponden 180 billones a los depósitos o reservas de Kuwait, Arabia Saudita y el resto de aquel Oriente arábigo. Sobre la

absoluta necesidad de que de ello tienen ciertas grandes potencias occidentales, se apoya la posibilidad de compensaciones o rescisiones de explotaciones; según el apoyo que esas potencias puedan prestar a las iniciativas en pro del arabismo y el palestinismo.

En el momento de cerrarse esta Nota de la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, comenzaba solemnemente en El Cairo la Conferencia Cumbre del arabismo; con la asistencia simbólica completa de todos los jefes de sus Estados (aunque por razones de salud no estuviesen presentes materialmente el rey de Libia y el presidente del Líbano). Abierta e inaugurada la Conferencia con un vibrante discurso expositivo del presidente Gamal Abdel Nasser, y presidida la primera sesión por el mariscal Aref del Iraq, éstas siguieron a puerta cerrada durante cuatro días. En espera de poder determinar tanto las conclusiones como las medidas adoptadas, y el posterior efecto entre las grandes potencias, no cabe duda de que el jefe de Estado de la R. A. U. ha conseguido sus primeros y mejores objetivos, que han sido los de establecer un ambiente de reconciliación, deliberación común y cordialidad panárabe.

RODOLFO GIL BENUMEYA.